

efable. Es muy frecuente creer, equivocándose, que el sentimiento endulza y reblandece. Tal sentimiento es molice ó morbidez, algo infantil. No es ese el efecto de la poesía, tan bella en lo técnico y tan honda en lo sensible, de un Leopardi. No es ese el efecto de los versos, á mi ver muy sentidos, de Rubén Darío—me refiero á los más recientes.

\*\*\*

Rubén Darío, en las vibrantes estrofas de *Invernal*, expresó una sensualidad refinada, sobre un fondo lujoso y muelle, en la cámara tibia, de paredes vestidas de seda, mientras en la chimenea estalla en chispas fugaces el tuerro brillador.

¿No os ha sucedido esta aventura de lectura? Los primeros versos que conocéis de un poeta se os graban en la memoria, y para vosotros, quizás toda la vida, aquel poeta sigue siendo el hombre de aquellos versos, el de aquella sensación especial... Y necesita un poeta crecer mucho para destruirse á sí mismo, para borrar de vuestro pensamiento su antigua imagen y reemplazarla con la nueva...

Y esto es lo que bellamente nos refiere Rubén Darío:

#### DE OTOÑO

Yo sé que hay quienes dicen: ¿Por qué no canta ahora con aquella locura armoniosa de antaño?  
Esos no ven la obra profunda de la hora,  
la labor del minuto y el prodigio del año.

Yo, pobre árbol, produje al amor de la brisa  
cuando empecé á crecer, un vago y dulce son:  
pasó ya el tiempo de la juvenil sonrisa,  
dejad al huracán mover mi corazón.

Esa obra profunda de la hora es la que transforma á cuantos llevan en sí poder de desenvolvimiento, á cuantos no se enquistan porque se han agotado, y porque la única cuerda en ellos resonante era la de la juventud. Hace tiempo que Rubén Darío dejó de ser para mí el poeta de *Invernal*. Y ahora acabo de leer su libro, tan blanco y largo, tan claro de impresión, tan ancho de márgenes, para dar cabida á los prolongados metros—*Cantos de vida y esperanza*, *Los cisnes y otros poemas*,—y siento esa elevación que determina la música wagneriana, heroica y fatalmente triste.

Un aspecto de este libro es la profesión de fe optimista acerca de los destinos futuros de la raza latina... No atribuyo gran valor tampoco, para el efecto estético y la acción sobre la sensibilidad, á la filosofía peculiar de cada poeta. Y creo, y confirman esta creencia palabras del prefacio de *Cantos de vida y versos entresacables de la colección*, que Rubén Darío no lleva el optimismo en su razón pensadora, sino en su corazón de poeta ansioso de ver revivir la gran raza artística heleno-latina, de la cual forma parte; pero esto ni quita ni pone á la grandiosidad del himno titulado *Salutación del optimista*. Lo prefiero al *Sursum corda* de Núñez de Arce.

Confieso que mis ojos son de los que ven «zodiacos funestos»; declaro que, si me lanzase á predecir, no predeciría dichas para Hispania, al menos para la Hispania del lado acá del Atlántico. No obstante, el himno del poeta me transporta, mientras lo leo, á las regiones de la divina reina de luz, la esperanza celeste. Y es una asunción consoladora. Hay que dar lo suyo al ensueño, no negar la posibilidad de ninguna hipótesis, y serlo todo, ser lo más distinto de nuestra verdadera conciencia, una hora al día ó un día al año. Mi hora de esperar—para desesperar después—se la debo al poeta.

Como él, yo acleararía entusiasta al rey escandinavo que aclama á España ardentemente, pues es difícil explicar hasta qué punto los pesimistas llevamos en las venas el entusiasmo más acendrado, porque el dolor lo reconcentra y activa. Y, como el poeta, damos gracias á Oscar «por la sangre solar de una raza de oro», sin querer ver, al menos mientras resuena el canto, el plomo vil y el cobre lleno de mugres, óxidos y verdines.

\*\*\*

Y yo también me complacería en desafiar, en retar al hombre del rifle, al Goliath norteamericano, en nombre de los cachorros sueltos del león español que se crían y echan garras y dientes allá en América. Porque doloroso juzgo que la América española, según los temores de Rubén Darío, llegue á ser yanqui; pero más amargo aún que lo fuese sin protesta, entregando su significación y su carácter, como la doncella cautiva entrega temblando su virginidad á un irresistible vencedor. He ahí una cuestión en que no soy pesimista. América, la América del grande

Moctezuma, ama demasiado su libertad para no defenderla.

\*\*\*

Entre los *Cantos de vida* hay uno que me resuena en el alma con largas resonancias de eco clamoroso. Los efectos más artísticos, la amplitud antigua y sublime de la *Marcha triunfal*:

Ya pasa debajo los arcos ornados de blancas Minervas y Martes,  
los arcos triunfales en donde las famas crigen sus largas trompetas,  
la gloria solemne de los estandartes,  
llevados por manos robustas de heroicos atletas...

Yo siento además un placer al percibir la armonía de estos metros, por muchos lectores considerados rudos, extraños y sordos; al medirlos mentalmente, y apreciar sus divisiones y tiempos, como los he apreciado en Carducci y en Leconte de Lisle, ó mejor todavía; pues por bien que se conozca un idioma extranjero, los artificios y bellezas de la métrica no se saborean igual que en la lengua que aprendimos en el seno de nuestras madres. No es el castellano idioma muy dócil para prestarse á innovaciones; carece de flexibilidad, de agilidad; sus articulaciones son rígidas, y por otra parte, habrá siempre diferencias esenciales, en este respecto de la versificación, entre el latín, el griego y el castellano, en el cual la medida del tiempo no es tan exacta, tan rítmica, como en las lenguas clásicas. Por eso ciertas composiciones de Rubén Darío, si se leyese en alto, exigirían del lector, para diferenciarlas debidamente de la prosa, el oído más fino y la más acertada dicción.

\*\*\*

Hay en este volumen de Rubén Darío descripciones completas en breves pinceladas, que revelan la maestría y la intensidad de la imaginación, capaz de representarse de un modo plástico los símbolos y las mitologías, de nadie vistas sino en la maravillosa cámara oscura interior donde transformamos la realidad.

Una muestra:

El cisne en la sombra parece de nieve;  
su pico es de ámbar, del alba al trasluz;  
el suave crepúsculo, que pasa tan breve,  
las candidas alas sonoras de luz.  
Y luego, en las ondas del lago azulado,  
después que la aurora perdió su arbol,  
las alas tendidas y el cuello enarcado,  
el cisne es de plata, bañado de sol.

El cuadrito, el doble pannel fino, abocetado, rehuye toda prolijidad descriptiva. ¿De qué se trata al describir en verso, y acaso en prosa? Sencillamente de producir una sensación semejante á la que produciría la contemplación de lo descrito. Este resultado se obtiene por procedimiento, sucinto y fuerte, al retratar, como retrata el poeta (compiendo con esos pintores del siglo xvii que pintaban sin la menor complicación, aunque no sin refinado cálculo), á la abadesa:

En la forma cordial de la boca, la fresa  
solemniza su púrpura; y en el sutil dibujo  
del óvalo del rostro de la blanca abadesa  
la pura frente es ángel y el ojo negro es brujo...

\*\*\*

Y ¿no vale más haber hablado de poesía, espigado en una colección donde gimen las nostalgias y gritan sonoramente los ecos triunfales, que ocuparnos de la anarquía en el campo andaluz, y comentar, recogiendo de las páginas de la prensa, el relato estremecedor del saqueo organizado y de las bandas hambrientas que recorren el campo y asaltan las ciudades y se procuran armas de fuego, sin que á esos desesperados se les socorra ni se les reprima? Cuando lo real es tan negro, la poesía parece más dorada aún.

EMILIA PARDO BAZÁN.

#### LA VIDA CONTEMPORÁNEA

La tarde está velada, gris, pensativa; los árboles, al través de la niebla, parecen trazados por difumino suave; las lejanías de montaña se confunden con el cielo vaporoso, de mojado tul... Y, no sé por qué, siento impulsos de hablarlos de un poeta.

Es cosa que me sucede rara vez. Generalmente guardo para mí sola las impresiones de este género. Si se trata de poetas españoles, más cerrada aún mi alma en secreto y mutismo. Porque Dios nos libre de varias cosas: de pleiteantes que os explican su asunto; de enfermos imaginarios que os cuentan su mal; de enamorados que os hacen confidencias, y de literatos de vuestra época, que todavía no se han muerto, y de quienes, por consiguiente, sólo primos podéis decir, y sobre decir primos, quedáis indispuestos con ellos todavía, porque nunca cortáis la alabanza á la medida gigantesca de la vanidad.—Pero este poeta de mi cuento es sudamericano, y viene de París, donde la crítica es aguda y delicada. Como yo sólo tengo que referirme á la grata emoción penosa de sus últimos versos, espero que no ha de tomármelo á mal Rubén Darío.

\*\*\*

He sido siempre partidaria de este poeta, no poco admirado y bastante discutido. Desde *Azul*, donde entre páginas de prosa hay una perla poética como *Invernal*, sigo su carrera brillante y noto sus esfuerzos por renovar los moldes de la poesía castellana, que es la misma en que los hijos del otro continente, que nacieron de nuestra raza, tienen que versificar forzosamente. Esta parte técnica de la labor de Rubén Darío no es lo que más me importa, porque en todos los metros cabe hacer versos buenos y versos malos, y porque el verso, para mí, más que forma, es expresión... No significa esto que yo no aprecie la factura, la filigrana delicada y la perfección desesperante; habrá siempre inferioridad en el poeta que no domine su arte é ignore los secretos; pero no es con ellos con lo que se llega al corazón. La poesía, su carácter peculiar, es de fantasía y sentimiento, y á veces la copla popular, sencillísima de factura, causa un movimiento íntimo, misterioso y noble, mejor que un impecable poema de Leconte de Lisle.

Y al hablar de sentimiento, tampoco quiero significar con esta palabra las lacrimosidades sentimentales, los suspirillos que pueden confundirse con el flato. No; el sentimiento debe ser bravío y varonil, contenido y violentísimo, sobre todo profundo é in-